

Cervantes, en el falso Avellaneda y el autor del *Semejante á sí mismo*.

Ademas: *Licenciado* era el Avellaneda, y *Licenciado* Ruiz de Alarcón. En Méjico se enseña hoy una partida bautismal como la de este ingenio, en la que consta que su padre se llamaba *Alonso*. Sea ó no sea, tomase ó no el nombre de *Alonso* por tal recuerdo, *Alonso* de Villanueva *Alarcón* fué el rector de la universidad de su patria, cuando tomó nuestro poeta la licenciatura en 1609, quizá pariente suyo (1).

El fingido Avellaneda no se dice *aragonés*, sino descendiente de *aragoneses* (2). Ignóranse los apellidos de sus abuelas paterna y materna: por tanto no puede conocerse si por alguna de estas líneas, venía de familias de Aragón.

Manifiéstase una vez Alarcón muy entusiasta de los aragoneses. En la comedia *Quien mal anda en mal acaba*, el criado Tristán, que para nada tiene que ser aragonés (porque ni el desarrollo de la acción lo requiere, ni entra para cosa alguna esta circunstancia en el juego escénico), dice inopinadamente al tratarse de ciertas supersticiones:

No me vayas
Á la mano, porque he oído
Decir que está prohibido

(1) Véase el libro *Don Juan Ruiz Alarcón y Mendoza*, por el Sr. D. Luis Fernández-Guerra, páginas 81 y 98.

(2) «El sabio Alisolán, historiador no menos moderno que verdadero, dice que siendo expulsados los moros agarenos de Aragón, de cuya nación él descendía» (cap. 1). Claro es que lo de la nacionalidad, tratándose de un autor cristiano, no debe entenderse por la parte ficticia de lo del moro, sino por el reino aragonés.

Adivinar por las rayas;
Y yo soy, aunque me ves
En lo demás tan humano,
Un católico cristiano
Testarudo aragonés.
Y no tiene el mundo aceros
Iguales á mi coraje,
Para impedir el ultraje
De mi Dios y de mis fueros.

En cuanto á lo del Fernández de Avellaneda, pudo ser tomado de un apellido propio: los del linaje de Mendoza estaban unidos por los vínculos de diversos matrimonios con los del Alarcón, y evidentemente por el mismo motivo los del ilustre de Avellaneda (1).

Ó Cervantes creyó que el nombre de Diego Muxet era fingido, ó que todo procedía de un ardid de Alarcón para publicar contra su persona nuevas ofensas bajo la firma de otro sujeto.

En la misma comedia de *El semejante á sí mismo* pudo hallar el norte de su criterio. En ella aparece un *Don Juan*, que se hace pasar por su primo *Don Diego*, y que en verbales contiendas de amoríos, unas veces se declara *Don Diego* y otras *Don Juan*.

Pues si en los nombres están
Las causas de tanto fuego,

(1) Hubo un tiempo en que creí que era una burla de los protectores de Cervantes el nombre del *Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda*: el *Licenciado Alonso*, por las tres *licencias* para las coronas de Castilla, Aragón y Portugal que obtuvo Cervantes para la primera parte del *Quijote*, y por la protección de *Don Alonso López de Zúñiga*, Duque de Bejar. El *Fernández de Avellaneda* por el *Fernández de Castro*, Conde de Lemus, que tenía el *Avellaneda* entre sus apellidos.

Pídale al nombre de *Diego*
Celos el nombre de *Juan*;
Mas tú, pues tú mismo eres
Que *Diego* ó que *Juan* te nombres,
Ni te enloquezcas y asombres,
Con sutiles pareceres.

Tal dice una dama en el acto segundo, así como en el tercero prorumpo en estos versos:

Ya no finjas más conmigo
De mil maneras, traidor,
Todo embustes y quimeras,
Ya Don Diego, ya Don Juan,
Ya descortés, ya galán,
Ya ficciones y ya veras.

En el *Diego Muxet* veía Cervantes al *Juan Ruiz* de Alarcón: otro *Semejante á sí mismo*.

Te sirvo, pues por tí niego
A *Don Juan*, si eres *Don Diego*;
A *Don Diego*, si *Don Juan*.

Podía decir como en esa comedia, hablando de sus alusiones, de *Diego de Ratos*:

A tí las dije en efeto,
Que *Diego* ó que *Juan* te nombres:
Que las mudanzas de nombres
No varían el sujeto.

Tenemos, pues, cumplidamente explicado quién era el *Diego de Ratos, corcovado*, que señala Cervantes. Sigamos en nuestras investigaciones. El *corcovado Diego de Ratos* es además *zapatero de viejo*. Aplicada esta frase á un escritor, equivale *al que se sirve de las obras ajenas para trabajar sólo sobre ellas, sin originalidad alguna*.

De ajenas plumas te vistes,

decía de Alarcón Góngora. Recuérdese que en la *Amistad castigada* se leen estos versos:

Esto han de hacer los amantes
Para hacer hablar los mudos,
Que escudos vencen escudos,
Diamantes labran diamantes.

En los *Favores del mundo* acuérdate del verso de Garcilaso de la Vega:

Cuánto corta la espada en un rendido;

y hace decir á un personaje:

Cuánto corta en un rendido
La espada, quiero probar.

Y torna á acordarse de él, copiándolo en *Todo es ventura*:

Donde probé el tumulto embravecido,
Cuánto corta la espada en un rendido.

Evidentemente Alarcón solía introducir en sus comedias versos ajenos, y no ya de éstos, sino también de otros poetas sus contemporáneos.

Además, el pensamiento de la comedia *El semejante á sí mismo* está en cierto modo tomado, como ya oportunamente indicó el Sr. D. Luis Fernandez-Guerra, de la novela de Cervantes *El curioso impertinente*; con la diferencia de que en la comedia un amante quiere probar la fidelidad de su amada, para ver si es digna de tenerlo por marido; y en la novela, un esposo procura hacer la prueba de la lealtad de su esposa, para convencerse de que

merece su cariño; y que en aquélla el mismo individuo, fingiendo ausentarse, se presenta á su amada como un primo hermano parecidísimo, en tanto que en la otra un amigo íntimo del marido, por persuasión de éste, requiere de amores á la esposa.

Esto y lo de proseguir el pensamiento del *Quijote*, eran razones suficientes para llamar *zapatero de viejo* al que presumia ser el autor su adversario.

Además, no sabemos si Alarcón, que habia empezado á dar comedias al teatro por aquel tiempo, en algunos de los de Madrid ocupaba el lugar del poeta que describe Cervantes mismo, en el capítulo II del libro III del *Persiles*: «Ninguno puso (dice) tan en su punto el maravillarse como fué el ingenio de un poeta, que de propósito con los recitantes venía, así para enmendar y remendar comedias viejas, como para hacerlas de nuevo; ejercicio más ingenioso que honrado, y más de trabajo que de provecho.»

No sabemos si Alarcón era de los poetas que remendaban comedias viejas al par de hacerlas nuevas, como el otro del que nos habló Cervantes.

Infiérese, pues, que lo de *zapatero de viejo* concuerda con lo de *remendón de comedias*.

Pero lo grave de la cuestion, lo que la resuelve indudablemente para acreditar las alusiones, es que el *Diego de Ratos, corcovado y zapatero de viejo*, residia ¿en dónde? En *Tordesillas*, patria fingida del encubierto Licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda.

Desde los fines del año de 1614, en que salió á luz la segunda parte del falso *Quijote*, la continua preocupación

de Cervantes fué y debió ser el atrevimiento del escritor *tordesillesco*. En la dedicatoria de sus *Comedias y entremeses*, dirigida al Conde de Lemos, habla de que en Tarragona habian asendereado y malparado á *Don Quijote*; y que no era él el contenido en aquella historia, sino otro supuesto que quiso ser él y no acertó á serlo.

En la segunda parte del *Quijote*, publicada en 1615, lanza contra el Avellaneda varios oportunos tiros en esta forma:

En el prólogo escribe: «Digo de aquél, que dicen que se engendró en *Tordesillas*.»

En el capítulo LXII: «Y vió que asimismo estaban corrigiendo otro libro; y preguntando su título, le respondieron que se llamaba la *Segunda parte del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, compuesta por un tal, vecino de Tordesillas*.»

En el capítulo LXX: «Dijo un diablo á otro:—Mirad qué libro es ése.—Y el diablo respondió:—Esta es la *Segunda parte de la historia de Don Quijote de la Mancha*, no compuesta por Cide Hamete, su primer autor, sino por un aragonés, que él dice ser natural de *Tordesillas*.»

En el capítulo LXXII vuelve á citarse el libro como compuesto por un tal de *Avellaneda, natural de Tordesillas*.»

Por último, en el capítulo LXXIX se leen estas palabras: «Para mí solo nació Don Quijote, y yo para él; él supo obrar y yo escribir; sólo los dos somos para en uno, á despecho y pesar del escritor fingido y *tordesillesco*.»

Es cierto que Cervantes, desde 1613, estaba escribiendo

do los *Trabajos de Persiles y Segismunda*, como anunció en el prólogo de sus *Novelas*; y que lo proseguía cuando publicó la *Segunda parte del Quijote* en 1615, se prueba con la dedicatoria al Conde de Lemos, cuando dice en 31 de Octubre que *dentro de cuatro meses, Deo volente*, daría fin á su obra.

Por eso, con justa causa puede decirse que el cuarto libro del *Persiles* se escribió en los últimos meses de la vida de Cervantes, último también de la novela.

Claro es que la cita de un individuo, natural de Tordesillas, cita depresiva y burlesca, no procede de una casualidad ó inadvertencia. Tales recuerdos despertaba en Cervantes Tordesillas, que no cabe en un recto juicio creer que sin intención alguna se dijo en el *Persiles* lo que se dijo.

El libro de aforismos ajenos, en el cual se hallaba la firma de un *Diego de Ratos, corcovado, zapatero de viejo en Tordesillas*, es el de los *Proverbios morales y enigmas filosóficas* del doctor Cristóbal Perez de Herrera, en donde se leen versos de D. Juan Ruiz de Alarcón, corcovado, zapatero, remendón del *Quijote, en Tordesillas*.

Y aún hay otra observación que hacer, y no de poca importancia. Cervantes, después de hablar del *Diego de Ratos*, añade: «Por Dios, dijo D. Antonio, que *la firma está larga y tendida*, y que el aforismo es *el más breve y compendioso* que darse puede.»

Lo de la firma *larga y tendida* pudo escribirse con alusión á la del poeta mejicano, quien á medida que transcurrian años y años iba acrecentando la suya: cuando escribía Cervantes el *Persiles* ya se firmaba *el Licenciado*

Don Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza, añadiéndose títulos y apellidos (1).

En lo de encomiar el aforismo por *lo breve*, parece que hay alusión también al mismo poeta. Debió ser Alarcón muy aficionado á la brevedad en los escritos, considerándola como un gran mérito. Tal se deduce de los siguientes versos:

¡Con qué términos tan propios,
Tan breves y verdaderos,
Prosiguió la alegoría
De la luna, el sol y el cielo!
No como algun presumido,
En cuyos humildes versos
Hay cisma de alegorías
Y confusión de concetos (2).

En otra comedia escribe Alarcón:

Esto de «muero» es vulgar;
Mas por lo breve, es discreto (3).

Leyendo cierta dama un papel amoroso, dice en otra de sus comedias:

Como quiera te está bien,
Como quiera soy dichoso;

(1) Llamábase primero Juan Ruiz de Alarcón. Púsose luego el *Mendoza*, y más adelante el *don*. Quevedo, en el famoso comentario de unas estancias gongorinas de nuestro poeta, dice: «Ayer se llamaba *Juan Ruiz*, añadiósele el *Alarcón*; hoy ajusta el *Mendoza*, que otros leen *Mendacio*. ¡Así creciese dé cuerpo! que es mucha carga para tan pequeña bestezuela. Yo aseguro que tiene las corcovas llenas de apellidos. Y adviértase que la *D* no es *don*, sino su medio retrato.» Débese la publicación de este comentario al Sr. Hartzzenbusch (último tomo del teatro de Lope, *Biblioteca de autores españoles*).

(2) *La industria y la suerte*.

(3) *Exámen de maridos*.

*Él es breve y compendioso,
O bien siente ó miente bien* (1).

Parece, pues, que en lo de *breve y compendioso* se aludía á Alarcón, por una frase muy frecuente en él, especialmente quizás en sus conversaciones particulares, como el encomio de lo *breve* fué tambien algunas veces hecho en sus escritos.

Pero basta esto para cumplido esclarecimiento del asunto. Mucho se ha adelantado en la investigación de este arcano literario. Aún falta muchísimo para que deje de serlo. Las sucesivas aclaraciones harán desvanecer toda duda.

(1) *La verdad sospechosa.*

CAPÍTULO VII.

Alusiones de Anastasio Pantaleón de Rivera á D. Juan Ruiz de Alarcón, relacionadas con el *Quijote* de Avellaneda.—Investigaciones que deben hacerse para corroborar la designación que hizo Cervantes en el *Persiles*, y la de Rivera.

¿Hay algun escritor del siglo xvii que atribuya á Alarcón la paternidad del *Quijote* de Avellaneda. Ninguno.

Pero esto no es de extrañar. Hay que advertir en este asunto, que ningun escritor tampoco habló de ese libro en todo el siglo xvii. No habiéndose tratado de él, menos podia tratarse del autor.

Ó fué la obra muy poco conocida ó cayó en tal desprecio ó indiferencia, á causa de la inmediata publicación de la *Segunda parte del Ingenioso Hidalgo* por Cervantes, que nadie cuidó de descubrir el nombre del escritor tor-desillesco, cosa que en verdad á nadie importaba.

Se dirá, ¿y cómo el texto del *Persiles* no fué comprendido en su tiempo? Como no lo fué ni ha sido por las sucesivas generaciones literarias hasta nuestros dias, y por el mismo desdén y olvido que se tuvo del libro de Avellaneda.

Murió Cervantes rodeado de poquísimos amigos, y esos ninguno de los de más ó menos fama en letras. Entre éstos no tenian autoridad para esparcir la noticia del último juicio del autor del *Quijote* sobre el falso Avellaneda. A más, Alarcón era amigo entonces de Lope de Vega y de los discípulos y admiradores de éste. Claro es